

Aneto 2006, aniversario en la cumbre

Julio Torres Nuez *

Hace tiempo que el GAJ programa cada año una salida de varios días para el puente del Pilar, generalmente al Pirineo. En 2006, para celebrar el vigésimo aniversario del club, se decidió hacerla a Benasque e intentar el Aneto (3404 m.), cumbre más alta de la cordillera y de Aragón, que consiguieron coronar una treintena de socios un sábado 14 de octubre, bastante avanzada ya la temporada.

Ahora que cumplimos 25 años, recuperamos el relato de uno de nuestros mejores recuerdos de una ascensión. Más que la descripción de un itinerario al estilo de las guías montaÑeras, se trata del cóctel de sensaciones que proporciona, a veces, este tipo de excursiones en grupo.

.....

‘Esto de incluir a un año vista el Aneto en el programa de actividades sólo se nos pudo ocurrir después de un par de cervezas en el *Happi*. Y por si fuera poco, para el puente del Pilar a mitad del caprichoso octubre: ¿habrá ya mucha nieve?, ¿dura o blanda?, ¿tendremos crampones suficientes?, ¿se apuntará gente con más ganas que facultades?, ¿nos preguntarán eso de si *tú crees que yo podré?*, ¿por La Besurta o por Coronas?, ¿en autobús o en coches particulares?... Menudo *empandullo*, menos mal que en Benasque siempre hay un plan B, y uno C, pero ojalá llueva.

El tiempo vuela y nos encontramos ya en el Hotel El Pilar, con 65 plazas reservadas desde agosto para un autobús y tres o cuatro coches. La *méteo* es óptima para el sábado, aunque el temporal de principios de semana hará que pisemos nieve desde bastante abajo. Seremos finalmente un pequeño ejército de veintisiete y saldremos juntos aunque seguro que terminamos muy desperdigados. Sólo hay previstos dos reagrupamientos generales, uno para almorzar y otro en la cima, por lo que las cuadrillas que se vayan formando deberán ser autónomas, ya se dijo que lo de atarse las correas de los crampones hay que practicarlos en casa...

Suenan los despertadores a las cinco, antes del desayuno con el portero de noche de El Pilar, en medio de ese ajeteo a media voz que precede a las ascensiones nocturnas. Una hora después, nuestro autocar nos deja en el pequeño llano de La Besurta, base de la ascensión. Mientras gira en la oscuridad para volver a Benasque, rodeado por un corro de linternas frontales, alguien sonrío al recordar el explícito cartelito que algún dependiente, aburrido de dar explicaciones, colocó en el chiringuito que abre aquí en verano: “*NO HAY SERVICIOS. Y DESDE AQUÍ NO SE VE EL ANETO*”. A estas horas, la verdad es que ni el Aneto ni tampoco muy claro el arranque del camino de La Renclusa, pero el presidente, que con Pablo y algún otro ayudante se queda a indicar al chófer en sus maniobras, confía en nosotros: ‘Hala, ir tirando *p’arriba*, que luego os cogemos’.

Por suerte encontramos enseguida las primeras revueltas empedradas de subida al refugio, para no minar ya tan temprano la moral de una tropa que por ahí detrás va demasiado callada para ser tan numerosa, no se sabe muy bien si por sueño o por esa sensación de encontrarse ante un pequeño desafío. En el grupo hay una notable mezcla

de veteranía y juventud, desde los catorce de Guillermo hasta los de la cincuentena, quien ha subido al Aneto media docena de veces, quien lo hizo hace veinte años, quien se enfrenta a su primer tresmil...

Paramos poco en La Renclusa para no enfriarnos, porque de momento no sobra nada de ropa. Nuestra avanzadilla gana metros a algunos frontales que brillan muy arriba, revelando el desnivel invisible, a la vez que se nos intercalan por detrás grupos que nos alcanzan. Cuando a nuestras espaldas el amanecer tiñe de rojo el pico de Paderna, transitamos ya por un terreno mixto de roca húmeda y nieve muy endurecida por la pisada y la noche. Tras un pequeño despiste que nos ha encaramado en el filo de la cresta, nos alcanzan los rezagados, encabezados con paso firme por Pedro, justo en el Portillón Superior, la brecha que da acceso al glaciar. Almorzamos todos juntos al otro lado de la divisoria rocosa, con el objetivo a la vista y reconfortados por la reunión, el sol, las bromas, y el jamón y la bota, como en cualquier salida dominical por nuestros montes más familiares y erosionados del sur.

Los veteranos lamentan el retroceso del glaciar. Su extensa morrena lateral se encuentra cubierta por una nieve semidura que esconde oquedades traicioneras cerca de los bloques. El hielo viejo también ha desaparecido bajo las primeras nevadas del año, que sólo dejan a la vista las grietas mayores, rodeadas por una enorme huella que, para evitarlas, sube casi hasta el collado del Medio y luego gana en suave descenso el de Coronas. A partir de ahí, traza un largo bucle para alejarse de la umbría base de la punta Oliveras, donde se encuentra la mayor pendiente del recorrido glaciar. Se sigue caminando mejor con crampones, aunque no resultan aquí tan necesarios como en la gélida ladera de los portillones. Avanzamos en general a buen ritmo y con un día espléndido, seguros ya de la victoria parcial en esa primera mitad del encuentro que es la subida.

Encontramos la antecima más concurrida hoy que la cima. El mítico paso que nos separa de ella, el Puente de Mahoma, parece practicable únicamente extremando las precauciones. La nieve depositada en sus repisas nos obliga a vigilar el centro de gravedad y aferrarnos más de lo habitual a unos pilones de granito tan firmes y aéreos como siempre. Hay algunos grupos con guías profesionales y cuerdas instaladas que entorpecen el tránsito. Por nuestra parte, cada cual decidió por sí mismo si pasar o no, aunque todos consideramos un éxito la ascensión hasta aquí.

Aparte de este pequeño tramo final de cresta -capaz con nieve de complicarle la vida a cualquiera-, del glaciar -desnudo hielo gris en septiembre y posibles puentes de nieve sobre las grietas en verano-, y de la inquietante posibilidad de no encontrar el paso clave del Portillón Superior (incluso con buena visibilidad), esta vía normal, subestimada a veces de tan trillada, tiene un cuarto peligro nada despreciable: subir al Aneto requiere un considerable esfuerzo, y bajar también.

La dureza física y psicológica del descenso, viendo allá abajo el refugio de La Renclusa casi tres horas antes de alcanzarlo, es una trampa si la condición física no es buena. Escalones de roca, canaletas y pasajes horizontales expuestos con nieve son proclives a un temible traspié cuando las fuerzas flaquean: en la alta montaña está prohibido tropezar. Nuestro grupo se estiró, como era previsible, más de dos horas. La inquietud no desapareció del todo, ni corrió libremente la cerveza, hasta la llegada de los últimos, ya con el candil y cerca de las ocho, pero sin problemas. Con algunos de los más

expertos rezagados estratégicamente para no errar el camino, comiendo lo necesario para evitar la pájara, a su ritmo y con paradas, *step by step*, chino chano. La gente del club engaña a veces, hay quien no parece muy en forma pero aquí todo el mundo se entrena, menos mal.

Además estábamos de celebración y la montaña nos guiñó esta vez un ojo. Saludamos a una virgen del Pilar muy adornada para las fiestas, incluyendo los chuzos de hielo horizontales esculpidos por el viento. Y dejamos a sus pies una placa conmemorativa como contribución a la basura cimera pirenaica, podríamos decir, pequeña y de granito para no desentonar, eso sí, pegada con silicona en la cara del pedestal que mira a Salenques: ‘*GAJ. Teruel. 20 Aniversario*’. Es posible que un cramponazo, esperemos que involuntario, la haya arrancado, pero ahora que conocéis su pequeña historia, ya nos contaréis si todavía está cuando subáis por allí.’

* *Socio del GAJ*